

ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LOS DIAGUITAS

POR

ALEJANDRO GANCEDO (HIJO)

Al doctor Ángel Gallardo, homenaje de alto aprecio.

LA PIEZA DE ESTUDIO

En el año de 1914, llegó a mis manos, sin indicación de yacimiento y procedente de la provincia de La Rioja, departamento de San Blas de los Sauces, la hermosa pieza que hoy es objeto de estudio.

Fué amasada en arcilla rójiza y se le dió la forma plana, tan común en la región del noroeste argentino; representa un cuerpo sin miembros superiores, midiendo de alto 114 milímetros, 111 de ancho máximo y 11 de espesor.

Como puede observarse (fig. 1 y 2) en el anverso y reverso respectivamente, está rota la sección del cuello que unía la cabeza al tórax; ruptura, producida de seguro, con harta facilidad, dada la manera con que se fabricaban estos barro y que hoy en día los franceses llaman *pastillaje*. En cuanto a la base (fig. 3), se advierte los desperfectos dejados por los miembros inferiores, que se han separado de la misma manera. No creo que hayan partido de ahí los pies, como ocurre en ciertas figuras que mal imitan la camisa; pues, es tan armónico el conjunto ofrecido por el torso, que hace suponer en quien la confeccionó, amplio desarrollo del sentimiento estético, por la armonía de las formas, lo cual obliga a creer que tales alteraciones que muestra la base a que hago referencia (fig. 3), han debido partir

las piernas un tanto redondeadas. Respecto a la totalidad, obsérvase elegante decorado, donde se alterna de modo armónico, la pintura y el bajo relieve. Con el primero se ha pintado toda la sección correspondiente entre el cuello y la cintura, de líneas transversales, en tono negro que, al entrecruzarse, hacen rombos, los cuales terminan en alto ruedo, de 4 milímetros de espesor, a los que sigue, en todo el



Fig. 1

contorno correspondiente al talle, hondas estrías en número de 38, de 19 milímetros de largo, producidas en la pasta fresca con punta de hueso o piedra. Debo observar asimismo que, a la altura del tórax, se repliega el barro con espesor de 3 milímetros, formando algo así como el escote del hábito, que abarca la sección intermedia de ambas clavículas. El anverso se conoce por ser ligeramente aplanado en la región pectoral, un tanto convexo en la abdominal (fig. 4) y, francamente plano en el reverso, en el cual hállase grabado en bajo relieve y con el procedimiento de las estrías, cierto animal fantástico. El conjunto total de la bestia con ser imaginativo no deja de mostrar los atributos de los *Felis*. La cabeza constituída (fig. 5) por un triángulo

lo en forma de cuerno, que sale sobre el gran ojo, trazado con círculo perfecto, dentro del cual, un punto céntrico finge pupila; las



Fig. 2

mandíbulas por dos líneas paralelas que parten de la cabeza, desde el triángulo la una y debajo del ojo la otra; entre estas paralelas encuéntrase dos ángulos, uno inferior que penetra en el superior, con



Fig. 3

los cuales se pretendió indicar de seguro los colmillos. De la parte posterior del cuerno, arranca la breve espina dorsal, en ligero movimiento felino, pues, describe un pronunciado arco y su cola está profundamente erguida. El vientre hállase formado por una recta. En

cuanto a los miembros, descende el anterior por debajo del ojo y entre el vientre, y de la cola el posterior. Ambos llevan estrías terminales, el anterior en número de 5 y de 3 el posterior. En la totalidad del cuerpo hállanse bien distribuidos 23 pequeños círculos. Esta figura se encuentra grabada en una extensión de 21 milímetros de alto por 27 de ancho. Mas abajo de las estrías y del *Felis* que se acaba de describir, nótese (fig. 1 y 2) como la fimbria del vestido grandemente deteriorado; advirtiéndose asimismo por el pequeño resto que se observa (fig. 2) que dicho ruedo estaba pintado de negro y tenía grabado en la porción inmediata al felino, una línea profunda, ondulada, que quizá sea la cola de una víbora, pero, de tal manera, es imperfecta esta sección, que se hace imposible calcular la representación a que pertenece ese pequeño resto grabado.



Fig. 4

Después de esta descripción, fácil será comprender que se trata del torso que representa la efigie de un indígena de la región. Los rombos tirados en color negro, representan el tejido o la malla de los trajes de guerra de los diaguitas, sin mangas y cortos, para favorecer los movimientos en la lucha. Pues se recordará lo que a este respecto dice Quiroga: «su traje ordinario era una toca o túnica talar, labrada con lana de carneros de la tierra (llama) recogida, generalmente, a la mitad del cuerpo». «La gente de la tierra, dice Herrera, hablando de la nueva Londres (diaguitas), anda vestida de lana y de cuero labrado con policía, a la manera de guadamecí de Castilla: críase mucho ganado de la tierra, por causa de las lanas de que se aprovechan... son grandes

labradores»¹; y Boman por su parte expresa: *Le vêtement principal des Diaguites était la tunique ou chemise péruvienne, mais en général plus longue, paraît-il, que celle en usage au Pérou. Cette camiseta, uncu, en quichua, sans manches ou avec des manches très courtes, est toujours mentionnée par les chroniqueurs comme une caractéristique des peuples appartenant à la civilisation péruvienne*². Tal parecer lo sa-

¹ Calchaquí, tomo I, página 173.

² *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, tomo I, página 140.

ca Boman de Barzana y Narváez, pues el primero afirma que los indios que dependían de Santiago y Tucumán hallábanse vestidos como los peruanos; el segundo que los que ocupaban el valle de Calchaquí (Catamarca) llevaban camisetas muy largas y no empleaban las mantas (ponchos), para estar más libres en los movimientos durante la batalla. Y Romero y Monroe dice, refiriéndose a estos mismos indígenas, que se vestían de una camisa que les llegaban hasta el tobillo.

En cuanto a las estrías que lleva en la sección correspondiente al talle, adviértese con presteza que significan un cinturón, represen-

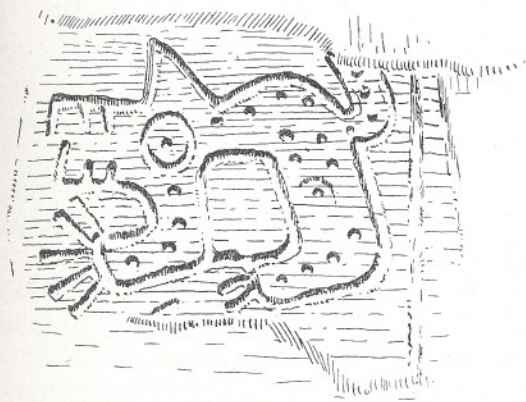


Fig. 5

tando los ruedos en alto relieve, los pliegues de la camisa, bajo la presión de la faja.

Respecto al animal diseñado al dorso, en el extremo izquierdo y sobre la faja, requiere detenida comparación con las insignias de cobre halladas en el radio geográfico de dispersión diaguita, pues, encierra con ellas gran parecido, lo cual me obligará a estudiarlas en el curso de esta monografía. Debo hacer notar que figuras exactamente iguales a ésta se han hallado en alguna cantidad en las provincias de Catamarca y de La Rioja, pero ninguna de confección tan acabada como la descrita. La tierra empleada es fina y en el exterior lleva partículas de mica mocobita, cuyo brillo le da gracioso aspecto.

Es indiscutible: el animal que se halla grabado en la tierra cocida, es la representación de un tigre, el movimiento de feroz asechanza, mostrando los atributos físicos de fuerza, la flexibilidad de su columna vertebral, las típicas manchas de su piel indicadas con el decorado punteado, atributos que se repiten en el instrumento de cobre de

exagerado modo, hasta llegar a constituir como justamente se dijo, un animal imaginativo, esto es, un conjunto irreal desde un punto de vista zoológico, formado de la combinación de realidades parciales.

La semejanza de ambas figuras se le nota en las líneas esenciales de la boca, los dientes, los colmillos, el ojo y el decorado de puntos. Nada hay que induzca a dudar que ambas figuras pretendan retratar al tigre, con su cualidad tan distintiva como típica, dentro de los demás animales : la fuerza. Todo esto sin perjuicio de que más tarde, encontremos al mismo tigre, mezclado en otras concepciones imaginativas, como resultado de la generalización de una idea primaria, en el sentimiento de aquel pueblo.

INSIGNIAS DE COBRE

Se las ha encontrado en las provincias de La Rioja, San Luis y Catamarca. Autores hay que les llamaron cetros de mando, hachas de cobre otros, dándoles siempre diversas interpretaciones. En la misma provincia de La Rioja, se encontraron dos ejemplares diversos, pero, realizando, con ligeras variantes, la misma morfología fundamental del instrumento ; más hoy no me ocuparé sino del tipo descrito por Ambrosetti ¹ como procedente de San José (Santa María, Catamarca) que es el mismo que se describirá (figura 6) oriundo del Famatina (provincia de La Rioja, departamento Famatina) ².

Hállase formada de tres secciones, la cabeza, el cuello y la hoja; la cabeza es como una prolongación del cuello, de 180 milímetros de largo y 194 de ancho máximo. En la parte baja y sobre el cuello, lleva el ojo, trazado con dos círculos concéntricos de 15 milímetros de radio el exterior y de 7 el interior. A la izquierda del ojo y a nivel algo más bajo, la boca: un cuadrilátero con estrías que forman 18 dientes en cuyo centro de unión se hizo una abertura, quizá, para engalanarla con adornos. Esta boca está situada en una prolongación de 60 milímetros de largo por 55 de anchó, en cuya extremidad exterior posee una incisión en forma de triángulo, como haciendo un colmillo; en cuanto a la superior, prolóngase formando un gran arco que

¹ *Notas de arqueología calchaquí*, páginas 129 y 130.

² Obsequio del doctor don Eleazar Herrero Mota, distinguido médico en Chilecito.



Fig. 6

cae en forma de círculo inconcluso sobre un pequeño cuerno de 28 milímetros de alto, que se eleva sobre lo que pudiera llamarse mandíbula superior. En situación opuesta y sobre la prolongación que forma la cabeza, cuatro bastones de 80 milímetros de largo por 25 de ancho máximo, hallándose el primero roto; concluyendo en ápices redondeados, y debajo del último de ellos, una pequeña prolongación de 17 milímetros de alto con cuatro estrías que fingen pelo. Luego el cuello, que mide 45 milímetros de largo por 40 de ancho, y por fin, la hoja, midiendo 200 milímetros de largo por 80 de ancho en la parte superior y 60 en la inferior. El espesor del instrumento no pasa de 3 milímetros.

«Me inclino a creer, dice Ambrosetti, que en ciertos casos este objeto fué un arma ofensiva o un instrumento sacrificatorio de un ritual desconocido hasta ahora para nosotros»¹. Lo cierto es que el instrumento que se describe, en la parte inferior de la hoja, muestra un filo embotado con visibles rastros de su empleo. ¿Cómo y por qué? Sobre la prolongación central, los bastones laterales, el cuerno y el semi-círculo que cae sobre éste como una trompa, hállanse decorados de puntos, siendo los más notables, los que se distinguen sobre el ojo y en la prolongación central, formando una sucesión de tres triángulos, figura dentada adherida al ojo y que aparece de continuo en la decoración de la cerámica de la región diaguita.

Con sólo considerar ligeramente la pieza descrita, fácil es percibirse que así se trata de un arma ofensiva o defensiva, que su representación, usando un lenguaje estrictamente psicológico, es puramente imaginativa o fantástica. Su empleo, pues, fué puramente ocasional, aunque de filo intencional.

Es natural que, «siempre resulta aventurado para la gente el hecho de que a contadas rayas se le dé interpretación simbólica, tomando por demasiada elevada la concepción, sin reparar que, cuando más se retrograda al estado primero del hombre, se constatará que, lo superfluo desaparece, las concepciones estéticas se borran, las manifestaciones sociales se simplifican, los vínculos de sentimiento se relajan de tal modo que, la energía humana no realiza el arte por el arte, ni el arte por el juego, ni el arte por amor; realiza el arte impulsado por sus necesidades orgánicas primero e ideológicas después»².

Lo que se afirma de inmediato al considerar el instrumento, es su

¹ *El bronce en la región calchaquí*, página 243.

² ALEJANDRO GANCEDO, *Hallazgo arqueológico. Contribución al estudio de la arqueología argentina*, página 20.

significado simbólico, su valor social como instrumento, no mecánico y de fines económicos, sino como simple realización material de ideas abstractas que producen diferenciación de clase en la masa demótica que le dió origen. Al considerar tales instrumentos de cobre, sin reparar demasiado en ellos, se les ha adjudicado los nombres más curiosos y contradictorios. Ambrosetti, dice al respecto: «Sin considerar el uso de estos singulares instrumentos de bronce (cobre) y a causa de su simbolismo hemos convenido en darles este nombre (cetros de mando); aun cuando su peso, resistencia y maniabilidad bien pudieron hacerlos servir para emplearlos de un modo menos platónico y decorativo. Me inclino a creer que en ciertos casos este objeto fué un arma ofensiva o un instrumento sacrificatorio de un ritual desconocido hasta ahora por nosotros ¹. «Por su parte, el doctor Weyenberg hace ya mucho tiempo, estudiando un instrumento de esta categoría la describió en la *Verhandl. der Berliner Anthropol. Gesell.*, 1890 (pág. 370) tomándolo por una azada de cobre ².

Bajo el mismo nombre de hachas o cetros de bronce, Carlos Bruch ³ describe un tipo curioso, procedente de Mutquia, pero, la morfología externa y el decorado colocan este instrumento entre los que se designan con el nombre de Toquí.

Por su parte, E. Boman expresa que: *Ambrosetti prétend aussi que les haches qu'il nomme des sceptres sont caractéristiques de la région diaguite. En fait, elles ne représentent qu'une des innombrables manières de décorer les haches de guerre, dont nous trouvons une si grande variété dans toute la partie andine de l'Amérique du Sud* ⁴.

Lo cierto que esta disparidad de criterio unida al aislamiento en el lugar y forma en que se han encontrado siempre a instrumentos de tal índole, ha obligado la ignorancia acerca de su significado y valor; más hoy, el estudio del decorado y la vinculación estrecha que le liga con el trozo de la efigie indígena, explica su significado y hasta el valor social, todo lo cual unido al análisis que se hará del simbolismo, nos dirá de cómo las insignias explican la organización política de los pueblos que las crearon o mantuvieron.

¹ Ob. cit., página 243.

² Ob. cit., página 245.

³ *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, página 194.

⁴ *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacame*, tomo I, página 137.

ANÁLISIS DEL SIMBOLISMO

Generalmente, en arqueología americana, poco se preocupan del simbolismo, sin reparar que, a medida que se avanza en la vida primitiva, aquél toma mayor fuerza y expansión. Mas, al hacer interpretaciones simbólicas como míticas, necesario es no descuidar ciertas reglas, si no formuladas por autor alguno, enseñadas por la práctica de investigación.

Sólo de ese modo se podrá interpretar con justicia, la vida simbólica de las ideas y formas sociales, que con los objetos de su arte o industria nos legaron los antepasados. En la mayoría de los casos, los simbolismos encontrados dicen con claridad, lo que la escritura muy extensa o difícilmente podría revelar; desde que, el simbolismo, como el bien y el mal, nacen de la comparación de estados, ideas o cosas, con la distinción de que, donde aquél busca analogía éstos persiguen, la diferencia. Por eso Hoffding, escribe con verdad: «Los símbolos nacen por una especie de analogía de sentimiento. Un sentimiento determinado por la experiencia de la relación del valor con la realidad, busca y encuentra modo de expresarse en ideas que son como la expresión de experiencias análogas»¹.

Desde un punto de vista estrictamente psicológico, el simbolismo abarca no sólo la realización material de imágenes que responden a un concepto ideológico o sentimental preconcebido, sino que, se extiende aún a voces, que en el lenguaje diario, por la costumbre del empleo, parecen haber perdido su carácter simbólico, poseyendo aplicación que sale de los límites de las relaciones normales.

Para comprender lo que antecede, me valdré de aquellas voces simbólicas en el orden sentimental, es decir, aquel en que al desdoblarse en realidad, pertenece o se refiere al mundo afectivo. «La idea de «padre» es un símbolo, cuyo empleo descansa en el influjo de las experiencias de la ayuda y de la protección que la realidad puede dar a lo que tiene valor a los ojos de los hombres; la idea de «diablo» es un símbolo que se usa bajo el influjo de experiencias contrarias. En todo simbolismo, ideas, tomadas en las relaciones elementales pero más intuitivas, se emplean para expresar relaciones, que en razón de su carácter elevado e ideal no pueden ser directamente expresadas»².

¹ *Filosofía de la religión*, página 226.

² Ob. cit., página 226.

Advertida someramente la extensión del simbolismo, insinuado de modo vago su valor social, queda por decir que, el simbolismo tiene por su origen estrecha vinculación con las creencias religiosas y una muy importante con las formas políticas o gubernamentales; mas, sin disputa alguna, es la religión la que ha sacado mayor partido de él, en la época en que el simbolismo abonaba su primitiva naturaleza inconsciente, y así, *c'est le sentiment*, dice le comte Goblet D'Alviella *et surtout le sentiment religieux, qui recourt largement au symbolisme pour se mettre en communication plus intime avec l'être ou l'abstraction dont il désire se rapprocher. A cet effet, on voit partout les hommes tantôt choisir des objets naturels ou artificiels qui leur rappellent le grand Absent, tantôt imiter eux-mêmes, d'une façon systématique, les faits et gestes qu'ils lui prêtent, ce qui est une manière de participer à sa vie, tantôt enfin objectiver par des procédés aussi variés que significatifs toutes les nuances des sentiments qu'il leur inspire, depuis l'humilité la plus profonde jusqu'à l'amour le plus ardent*¹.

Si el simbolismo es de buena ley, brota de la experiencia inmediata y de las necesidades que ésta despierta. Los símbolos se toman de todos los dominios accesibles de la experiencia humana, pero, la materia de los símbolos se saca, sobre todo, de las grandes relaciones fundamentales de la naturaleza y de la vida humana, la luz y la obscuridad, la *fuerza* y la *debilidad*, la vida y la muerte, el espíritu y la materia, el bien y el mal. Un elemento particular de la realidad, es elevado a la categoría de carácter esencial de la misma; considerado en su totalidad, se le toma como resumen de todo lo que la experiencia nos revela, acerca del valor de las cosas.

Por otra parte y para concluir esta ligera reseña, el simbolismo nunca es una reproducción de imágenes, sino una representación que guarda con la materia objeto del símbolo, la vinculación necesaria para producir en el cerebro, asociaciones de ideas semejantes de manera inmediata.

SIMBOLISMO DE LAS INSIGNIAS

Necesario es no olvidar nunca el supremo interés que la flora y la fauna guardan, para los hombres primitivos como para los salvajes actuales, a fin de poder comprender, sin seguir regla alguna, la idea aproximada de las representaciones de ciertos objetos de origen

¹ *La migration des symboles*, páginas 5 y 6.

mítico o simbólico. Claro que, si en nuestra vida civilizada poco significado ideológico encierra la flora y la fauna, motivo de representaciones o decorados, no acontece lo mismo entre los citados, para quienes, plantas y animales, fuentes son de vicios o virtudes.

Para ellos, cada animal posee un órgano, que es donde residen la suma de su capacidad positiva o negativa, y la apropiación de una u otra manera de esos órganos, significa la adopción de sus propiedades morales.

En la India, según Forsyth, los mahutes suelen dar a su elefante «un trozo de hígado de tigre para que se haga valiente, y los ojos de la lechuza para que pueda ver bien en la noche»¹. Los malayos de Singapur, aprecian asimismo en alto grado la carne de tigre, no porque les guste, sino porque creen que el hombre que la come, «adquiere la sagacidad y el valor de ese animal»². Idea corriente entre varias tribus montañosas de la India³.

Ejemplos como los presentes, podrían citarse en gran cantidad, con lo cual se advertiría el interés de la fauna y la flora en la vida primitiva, la que dió origen a formas rituales y a fenómenos sociales, como se tendrá ocasión de constatar. A las veces, esta ingerencia de la fauna en la vida colectiva, adopta dos o varias formas, las que se entrecruzan y amalgaman de modo estrecho y en ocasiones confuso. En un principio el individuo se limitó a observar la vida de las bestias que le rodeaban, y notó la conducta hábil que usaban en sus luchas aún contra el individuo mismo, de tales combates, como simple actitud de defensa personal, nació la gran caza, la que adquirió importancia según las virtudes de combate que adornaban al animal muerto. Así viene a encerrar como título de valor personal y por lo tanto de dignidad para el que lo lleva, la piel y las defensas de las bestias carniceras muertas por el hombre. Por eso dice Spencer, con sobrada razón que, «las insignias proceden de los trofeos con los cuales se confunden en los primeros tiempos»⁴. Pero es necesario comprender que para que los trofeos de caza se transformen en insignias, tórnase indispensable que la lucha individual, que dió origen a aquélla, se haga de hombre a hombre, y se generalice entre grupos sociales, á fin de que la consideración individual respecto al valor del trofeo,

¹ *Highlands of Central India*, página 452.

² KEPPEL, *Visit to the Indian archipelago*, página 13.

³ JOHN LUBBOCK, *Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre*, página 17.

⁴ *La ceremonia de la vida*, página 229.

tome carácter público y genérico, bajo el influjo de la necesidad social de creer en el valor personal de cierta parte de sus componentes. Mas hé aquí otra fuente de insignias, que es a no dudarlo, más secundaria y cuyas últimas transformaciones todavía hoy, perduran en las armas, atributos y símbolos de los hombres y las naciones civilizadas. La guerra humana, pues, brinda a los vencedores la materia y ocasión para sus construcciones simbólicas, las que se mezclaron con las insignias de origen zoológico.

« Cuando se ve una vestidura formada primitivamente por la piel de un animal montaraz, tiene también al principio una significación que hace pensar en honores análogos; cuando se ve asimismo que el despojo del vencido, la vestidura, trofeo de caza o de guerra, sólo por el hecho de llevarse o de prohibirse, se convierte en marca distinta del vencedor y del vencido; finalmente, cuando se descubra que, en períodos posteriores, las distinciones de trajes que se agregan a las primeras, se usan por los miembros de las sociedades conquistadoras, los cuales visten de otro modo que las clases superiores o inferiores de las sociedades conquistadas, poseemos la prueba de que desde el principio son efecto de la guerra todos esos signos aparentes de superioridad o de inferioridad ¹ ». Explicado el origen y evolución de las insignias, queda por decir, que ellas viven y siempre existirán por el deseo de presentar al pueblo, la materialización de conceptos abstractos, pesados y difíciles de explicar, y por otra parte, debido a la necesidad de creer, que experimenta el alma popular. En otros términos; el simbolismo que toda insignia lleva en sí, como la creencia de su valor, es la sustentadora de su extraña fuerza y larga vida.

ARQUEOLOGÍA COMPARADA

Considerando aun ligeramente el torso de la efigie indígena, se recuerda innúmeros ejemplares hallados en Catamarca y La Rioja, con la diferencia que éstos poseen larga camisa, con las estrías en la fimbria, cerca de los pies, lo cual les da aspecto de flecos, y por la totalidad de su conjunto, trae a la imaginación el recuerdo de aquellos personajes con que se decoró las urnas funerarias de Andalhualá ¹.

E. Boman, en su reciente expedición arqueológica al norte de La

¹ SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *Tipos de alfarería en la región diaguito-calchaquí*; JUAN B. AMBROSETTI, *Notas de arqueología calchaquí*.

Rioja, ha traído al Museo de historia natural de Buenos Aires, algunas de estas figuras que, debido a su gentil invitación, me fué dado observar. El señor Boman, cediendo a mis ruegos, enviéme somera nota acerca de ellos, la cual dice así: «Cinco son las figuras con vestido casi hasta los tobillos; las dos que presentan brazos sobre el pecho demuestran que este largo camisón no ha tenido mangas. Todas provienen de viviendas indias prehispánicas cerca del fuerte del Pantano, a 9 leguas al norte de Aimogasta.

«Hay tres figuras con rayas profundas, verticales en la ancha franja que ocupa la parte inferior del vestido, en las otras dos, esta franja tiene a la derecha figuras curvilíneas grabadas.

«Dos figuras presentan los brazos en relieve sobre el pecho y tres conservan intactos los pies. La cabeza falta en todas.»

Si bien ninguna es exactamente igual a la descrita, su estudio oportuno nos agregará quizá, ideas interesantes al respecto. En cuanto a la manera de hacer, sus líneas generales duras y el aplanamiento del torso, recuerda, no sólo las nombradas, sino también las figuras antropomórficas de Córdoba (Estación I, del Observatorio) ¹. Su morfología, guarda estrecha semejanza con las figuras de terracota, de representación de guerreros del Japón prehistórico ².

Y respecto a la manera de sellar, con figuras grabadas, para indicar el significado simbólico de la representación, trae a la memoria los documentos caldeos, grabados en guijarros y más aún, en ladrillos de barro del Nilo, como aquél que conserva el sello de Ramsés II ³.

Mas de una vez, en territorios apartados, políticamente desvinculados, desde el punto de vista geográfico o étnico, se ha encontrado en arcilla cocida, ora en formas de tabletas, vasos o artísticas aunque simples efigies, los atributos simbólicos de la dignidad. Tal ocurre en el Japón antiguo, donde el signo constante de la alcurnia consiste en el uso del sable; las clases superiores llevan dos; las clases medias uno sólo, a las clases inferiores les está absolutamente prohibido llevar sable ⁴. En este mismo país, los nobles, en virtud de su alcurnia, tienen derecho a hacer llevar delante de ellos, una lanza cuando van de ceremonia ⁵.

¹ FÉLIX F. OUTES, *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba*.

² *Annual Report of the Smithsonian Institution, 1907. Prehistoric Japan*, By Dr. E. Boetz, páginas 543-544.

³ G. MASPERO, *Historia antigua de los pueblos de Oriente*, páginas 127-142.

⁴ Ob. cit., página 235.

⁵ Ob. cit., página 232.

Entre los Araucanos se empleaban hachas de pórfido, llamadas *toqui* como insignias de mando. Según Speke, el hacha de un gobernador general de Uganda consiste en una insignia de hierro con incrustaciones de cobre y mango de marfil. En China las flechas de piedra han perdurado mucho tiempo como insignias de la realeza ¹. Según N. Ellis, en Madagascar, los jefes suelen llevar lanzas, bastones o ambas cosas a la vez.

Lo curioso de tales antecedentes, como se habrá observado, es que todos los pueblos citados han usado en su origen político y aun hoy los conservan, cual denigrante supervivencia de rancias costumbres, lanzas, flechas, hachas o espadas como distintivos de su dignidad.

Los nombrados instrumentos cortantes, expresan claramente el ya mencionado origen, que le volvemos a hallar en la insignia de cobre de los diaguitas, vinculada íntimamente con los atributos de fuerza de los *Felis*.

Si tomáramos por vía de coronamiento, el trozo de tierra cocida, encontramos en el animal grabado, manifiesta semejanza con los tigres pintados del techo de la gruta de San Pablo (Salta) ², y de todas las representaciones, tanto de vasos como figuras de arcilla y piedra, encontrados en las montañas del noroeste, y, si se considera la figura grabada en la insignia, se la hallará constituida en su parte más esencial por aquellos «animales míticos (?) monstruos, de gran cabeza, con o sin patas, variables al infinito, comunes en los grabados y aun en algunas pinturas sobre vasos calchaquíes, especialmente de la región de la Cuenca de Londres ³» para citar sólo un ejemplo, hé ahí la urna de Andalgalá ⁴ y el hacha de Huaycama.

De todo lo cual se desprende que el barro cocido es el torso de una figura escultórica que representa una dignidad diaguita, en traje de guerra, y lleva, como sello, la figura completa del animal símbolo de la fuerza, el mismo que fué motivo para esa construcción imaginativa que aparece en el instrumento de cobre, el que no es otra cosa que el símbolo de la dignidad político-militar, cuyo origen no puede ser otro que la caza del animal más feroz que moraban en toda la Argentina, y cuya vida, ha sido objeto de varias y complicadas leyendas.

¹ L. D. LAUNNEY, *La conquista mineral*, página 44.

² AMBROSETTI, obra citada, página 3.

³ LAFONE QUEVEDO, *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá. Revista del Museo de La Plata*, tomo III.

⁴ JUAN B. AMBROSETTI, *El hacha de Huaycama*, página 22.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Buscando en los estudios parciales hasta hoy publicados, algo que nos ilustre acerca de la organización política de los diaguitas, hállese, desgraciadamente, el vacío más absoluto. Félix F. Outes y Carlos Bruch, dicen al respecto: «La organización social (*entiéndase política*) de las agrupaciones de diaguitas es por completo desconocida; sólo ha llegado a saberse que las diferentes tribus que habitaban en la región, tenían *jefes*, cuyas atribuciones ignoramos, y que, probablemente, debieron llevar como atributo de su dignidad los hermosos discos y hachas de cobre que suelen hallarse»¹.

Como se ve, nada se conocía hasta el momento en que escribo, respecto a uno de los fenómenos sociales, quizá el de más grande importancia y de más hondas vinculaciones con la vida general de este grupo étnico, que era, sin disputa alguna, el que disponía de más sólida cultura entre todos los que poblaban esta parte de la Argentina.

En el presente estudio se ensaya un esfuerzo indispensable, cuya necesidad, es tanto más sentida cuanto más se investigan nuestros orígenes políticos o jurídicos. Para tal afán han de prestar sus mayores frutos, las conclusiones de la sociología, acompañadas de relativos datos arqueológicos; entonces podrá obtenerse aun cuando sea en sentido genérico, la organización de este pueblo desaparecido, sin dejar escrito con los convencionales signos del lenguaje, pero sí, con el símbolo de sus insignias, la organización política que es la cohesión de sus miembros bajo la acción del grupo gobernante.

Se ha visto ya que las insignias tienen su origen en la caza, las cuales adquieren permanencia y valor social por las necesidades de la guerra, y que, cuando ellas toman carácter de normalidad, fijadas en instrumentos cortantes, son acabados e irrefutables indicios del imperio del régimen militarista en el grupo étnico que los creó o mantuvo.

La sociología moderna ha probado que en el primitivo estado de la vida humana, el hombre excepto su fase religiosa, asemejándose en todo al animal, poseía jefes, cuya autoridad se originaba en el ataque o en la defensa, pero, desaparecido el peligro, la paz traía la anterior igualdad entre los componentes del grupo. Tal ha ocurrido en la Eu-

¹ *Los orígenes de la República Argentina*, páginas 59 y 60.

ropa antigua, Asia, África y América (Patagones, Charrúas, Araucanos, Lules, etc.). Pero, sea absoluta o mediana la autoridad de los jefes, sean éstos electivos o no, es el caso que donde el jefe posea autoridad transitoria, las insignias no aparecen, por motivos económicos. Y ello es claro, desde que la escasez del tiempo ante la guerra, por un lado, el poco o ningún desarrollo industrial por otro, impiden la materialización simbólica de las autoridades.

Es en la paz donde se lleva a la práctica la creación de las insignias y confirmadas por el frecuente estado de guerra, donde el poder del jefe ha conseguido perpetuarse por la confirmación de su fuerza. Así expresa Nardi Greco: «Lentamente, el cargo de jefe de la tribu tiende a hacerse permanente. Donde las guerras son frecuentes, la elección de jefe recaerá fácilmente en la persona que ya dió pruebas de habilidad en la dirección de las expediciones anteriores, y así se establecerá cierta permanencia en el cargo ¹.

Fácil es colegir que la permanencia del estado guerrero, al tiempo que da solidez a las instituciones militares, sirven para perpetuar, como es lógico, la autoridad del jefe. Por eso, los dominadores militares, después de la guerra, se ocupan de consolidar su situación entre los soldados, con el provecho económico del botín, y de hacer visible su autoridad con las insignias. Puede decirse en verdad, usando la expresión de un conocido sociólogo, que entonces el soldado es el propietario y yo agregó, la insignia un distintivo guerrero para los tiempos de paz.

Entendido que las insignias son indicio cierto del estado guerrero permanente, veamos a qué formas políticas obedece. En cierto estudio de sociología jurídica ², he tratado de demostrar que las formas gubernamentales, son el resultado de la lucha de las fuerzas sociales, y que, las instituciones militares como las religiones, son idénticas en su mecanismo despótico. A estos fenómenos de orden político, vincúlense relaciones económicas y jurídicas que tienen el mismo carácter.

CONCLUSIÓN

La caza del tigre ha originado las insignias de los diaguitas, las que eran llevadas como símbolo de su despótica autoridad, con ca-

¹ *Sociología jurídica*, página 293.

² Véase *El derecho administrativo en la democracia*.

rácter de perpetuidad, dentro de sus instituciones político-militaristas. ¿Su dignidad fué hereditaria? Podría afirmarse que sí, dado el sedentarismo de las tribus. De todos modos, quedo a la espera de posteriores estudios, que de manera indudable y particular, confirmen estos asertos, dados, a la manera de anticipo, de vieja deuda habida conmigo mismo.

Buenos Aires, julio de 1915.